

Por Dorel Noá

Cuando sonó la campanilla de la entrada, María saltó de su silla, corrió hacia la puerta con una gran sonrisa y lágrimas de emoción rodaron por sus mejillas.

- Llegó! Llegó! – gritaba – Juanito ha vuelto!!

Abrió la puerta y, casi sin mirar quien era, de un salto se colgó del cuello de su hijo regalón.

Juan sonrió y agradeció el abrazo de su madre y de su hermanita que, después de diez años de ausencia, ya no era la pequeña de seis años que había dejado, sino una señorita de dieciséis.

La sonrisa y la emoción de Juan frenaron de golpe al mirar hacia el interior de la casa. Lo distrajo, primero, un “cric, cric” que lo había atormentado desde niño, luego verla a ella.... Si... la abuela se mecía absolutamente ajena a la escena de la entrada. Esa persona vetusta, huraña, insensible y siempre malhumorada, que nunca le había brindado un momento de cariño, ni una mirada de afecto, ni nada... sólo regaños y más regaños. Nunca le perdonó que tras nacer María le había regalado todo su tiempo, reemplazándola por completo. Ah! Pero tras la mecedora había estado siempre la otra tirana: Irma. Enorme, gorda y alta, con sus ojos pequeños metidos dentro de una cara morena con expresión siempre molesta. Entre las dos correteaban siempre al chiquillo desde que llegaron a vivir a esta casa con su madre y su pequeño Juan.

Él sólo había deseado mecerse como la abuela en esa silla mágica frente al televisor, pero cada vez que se acercaba, Irma lo correteaba. “La mecedora es para la abuela!! NO para que juegues!” le decía chillonamente. Y la abuela sonreía cuando Irma lo regañaba. Parecía disfrutarlo! Par de añosos engendros desagradables.... Pero...ese día, a su regreso de la Universidad a la que asistiera en Europa por diez años y de donde no había vuelto nunca desde que partió a los dieciocho, no veía a Irma. En su lugar, una jovencita muy hermosa le sonreía desde un costado tras la mecedora, sentada sobre

el revistero de madera, siempre lleno de revistas de modas y de chismes que eran lo único que hacía reír a Irma. Pero Irma no estaba!

Cuando vio su expresión embobada, su madre pensó que miraba a la abuela con cariño y lo condujo suavemente hasta ella.

- Dale un beso a la Abuela que también te ha extrañado mucho!

Claro, pensó Juan, seguro no tenía a quien regañar.

- Irma está visitando a su hermana y su sobrina Nancy está cuidando a la abuela por estos días. Ya tendrán tiempo de compartir – prosiguió su madre, con cierta picardía en la voz.

Pero la mente de Juan había dejado a Nancy atrás después de los primeros instantes de atención.... Irma no estaba, luego acostarían a la abuela y él se pondría a ver televisión sentado en la mecedora!!

Y así fue. Después de ayudar a Nancy con la abuela corrió a la sala de estar, encendió la TV y se dejó caer sobre la mecedora, con expresión triunfante, ganadora, sonriendo satisfecho, ahora la mecedora sería al fin suya por un buen rato!!

Pero la mala fortuna hizo que Juan resbalara y empujara la mecedora hacia atrás y callera de espaldas violentamente sobre el revistero que soportó incólume el impacto, mucho mejor que varias vértebras de Juan, que se quebraron dejándolo paralizado de por vida.

Al volver del Hospital, después de mucho tiempo y operaciones, María y su hija acomodaron al parapléjico Juan en la habitación que había sido de la abuela hasta su último día.

Juan escuchó un “cric,cric” que lo sobresaltó y miró como pudo hacia la sala.... Irma estaba en la mecedora mirándolo... Juan pensó que sonriendo con ironía. Su madre captó su mirada.

- No te preocupes Juanito... Irma, ahora que ya no está la abuela, cuidará de ti.

FIN